

AMÉRICO CASTRO Y SU VISIÓN DE ESPAÑA Y DE CERVANTES

Al doctor Antonio Pinilla Sánchez-Concha.

Testimonio de amistad.

Hasta donde llegan nuestros conocimientos, Guillermo Araya era el único investigador que había escrito un metódico estudio sobre el pensamiento de don Américo Castro. Apareció en sucesivos números de la revista *Estudios Filológicos* (Universidad Austral de Chile). Sabíamos de estos preciosos ensayos gracias a la amabilidad del propio don Américo. El mismo Araya tiene publicado un volumen rotulado: *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro* (Madrid, 1969). Aunque no he visto el libro, creo que está constituido por los escritos ya citados aparecidos en Chile.

Por lo demás, los otros trabajos consagrados a don Américo Castro, pese a la calidad de sus autores (DÁMASO ALONSO: *Américo Castro, "El pensamiento de Cervantes"*, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, III, 1926, págs. 385-388; G. CIROT, *Américo Castro: "El pensamiento de Cervantes"*, en *Bulletin Hispanique*, XXIX, 1927, págs. 29-36; E. MERIMÉE, *Américo Castro: el movimiento científico en la España actual*, en *Bulletin Hispanique*, XXII, enero-marzo, 1920, págs. 66-72), resultan demasiado anticuados e insuficientes, salvo los dos bellos y útiles volúmenes: *Collected Studies in Honour of Americo Castro's Eightieth Year*, ed. M. P. HORNIK, Oxford, 1961; y *Estudio sobre la obra de Américo Castro* (Dirección y prólogo de don PEDRO LAÍN ENTRALGO con la colaboración de ANDRÉS AMORÓS, 1971). Naturalmente no olvido lo que don Pedro Laín Entralgo ha aportado al tema (*Breve encuesta española: 12 españoles hablan de Américo Castro*, en *Papeles de Son Armadans*, X, 1965, págs. 119-142; y *España como problema*, Madrid, 1962) y lo que don Claudio Sánchez-Albornoz ha agregado cayendo a veces en excesos injustos (*Españoles ante la historia*, Buenos Aires, 1958; *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1956; *La historia y sus interpretaciones: sobre historia de España*, en *Cuadernos*, 5, marzo-abril, 1954, págs. 75-81).

Mi primer contacto con don Américo Castro lo tuve siendo yo un joven estudiante del nivel 'secundario' (en algunas regiones de Europa se denomina 'bachillerato'). Escribí al Maestro solicitándole datos sobre un tema que me interesaba y me interesa: la influencia del Islam en el *Quijote*. Respecto a ello di a luz un pequeño ensayo en las páginas de *Thesaurus (El Inca Garcilasso y el Islam, XXII, 1967, 467-*

477). Trasladá, asimismo, las reflexiones de don Américo al campo de la historia americana, principalmente a la historia de mi patria, el Perú (*La presencia de España en tres libros diferentes*, en *Thesaurus*, XXIII, 1968, 358-361). Quizá los planteamientos de don Américo pudieran servir para hacer luz esplendente en determinados ideólogos de la independencia política hispanoamericana, como Juan Pablo Vizcardo y Guzmán (vid. mi nota sobre el libro de DONALD F. FOGELQUIST, *Españoles de América y americanos de España*, en *Thesaurus*, XXIV, 1969, págs. 328-329).

¿Qué hizo que, por primera vez, trasegara yo las teorías que Castro había aplicado a la historia de España, al terreno virgen de Hispanoamérica? Simple y sencillamente el ver “cómo nuestra historia se había aprendido como la tabla de multiplicar”, según feliz expresión del libro que nos sirve de pretexto para esta nota (ANIANO PEÑA, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1975). Solo que si en España se canturreaba la españolidad de Séneca, Trajano y la Dama de Elche, nosotros, en el Perú y en México, entonábamos la peruanidad del Gran Chimú, del Imperio Incaico, del Imperio Azteca, de Moctezuma, etc. Es decir, concebimos a Hispanoamérica como un todo en el tiempo, continuidad en los siglos dentro de un espacio geográfico determinado. De la visión castrista que yo poseo respecto a las naciones de este continente paridas por España, destierro expresiones como “la conquista del Perú por los españoles” y substituyo por pensamientos más exactos, como “la conquista del Tahuantisuyo por los españoles”. Es decir, con las armas que me prestó don Américo, reafirmo la autenticidad de mi patria y de las demás naciones hispanas del nuevo mundo. Ellas nacieron precisamente de la aculturación hispánica con el elemento indígena del continente colombino.

Este asunto es por demás interesante para madurar la conciencia nacional de la actual población indígena hispanoamericana; por lo cual, según queda dicho, tomamos como pretexto el libro de Peña que hemos indicado, para exponer algunas ideas sobre el particular.

Para nuestros historiadores de viejo cuño (aun para los que se inspiran en el materialismo) el ser peruanos, el ser argentinos, el ser mexicanos, etc., nos viene de haber nacido y vivido dentro de una determinada región geográfica. Constriéndonos al Perú, tal área territorial corresponde, en una primera hipótesis, al Imperio del Tahuantisuyo y, ulteriormente, a los lindes de la actual República del Perú, zona que geográficamente era la más importante de la monarquía inca. Yendo más hacia atrás, esta pretensa peruanidad se extiende, asimismo, a otras sociedades: estados como el mochica, chimú, el nazca, el paracas, etc. son peruanos en la cabeza de quienes así los imaginan. Y en este absurdo retroceder temporal pudiera pensarse, y de hecho se

piensa, que aun el *hombre de Lauricocha*, morador de las cavernas, fue peruano. No de otra forma se explica cómo distinguidos historiadores nacionales y extranjeros hayan escrito libros muy trabajados sobre un "antiguo Perú" o un "antiguo México" que solo es fruto de grave distorsión, la cual — *nolens, volens* — amputa nuestra historia.

En efecto, no se olvide que en nuestra madre patria la *españolidad* se hace remontar nada menos que hasta los tiempos del bíblico Jubal. Para la historia de España *ad usum* son españoles tanto los celtas como los íberos, tanto los defensores de Sagunto como los de Numancia, tanto Séneca como Quintiliano, tanto Marcial como Ibn Hazm. Es decir, la esencia de España se presenta, según lo quería Menéndez Pidal, "como un continuo irrompible". Similarmente la historiografía peruana *ad usum* pretende, pues, la identidad esencial, la realidad uniforme, estática, milenariamente reiterada del hombre que en todas las épocas ha vivido en el actual territorio denominado Perú.

Situándonos en un hoy que se reconoce como peruano, extendemos esta determinación retroactiva hasta períodos tan inverosímiles por su lejanía como los que vieron la aparición del hombre de las cavernas en zonas que hoy son costa, sierra y selva del Perú, pero que hace miles de años presentaban un paisaje y unas condiciones climatológicas y geográficas totalmente diferentes a las actuales. Hemos recorrido, hacia atrás, todas las épocas y en interclusión paralogista hemos incorporado al seno de la peruanidad a los más diversos y disímiles grupos humanos, grandes o pequeños, que encontramos en nuestro fantástico camino hacia los orígenes. El peruano, de este modo, igual que el español, es un hombre que pertenece a una clase ajena al tiempo, ajena a la geografía, ajena al clima. En suma: ajena a su circunstancia.

Queremos hacer hincapié en que en estas meditaciones sobre la interpretación de nuestra historia para nada interesa el origen del topónimo con que se designa a cada país (el Perú, México, etc.). En la evolución del pensamiento castrista importa poco, asimismo, la fecha en que apareció la palabra extranjera *español* o *España* (vid. A. CASTRO: '*Español*', *palabra extranjera: razones y motivos*, Madrid, Taurus, 1970). Por lo demás, ya se ha gastado mucha tinta en la búsqueda de la etimología de estos nombres. Hay que citar en especial a Raúl Porras Barrenechea y Antonello Gerbi.

Lo capital para nuestro propósito, entiéndase bien, es el hecho de que con este falso nombre de *peruano* se pretende aludir a un objeto que ha variado durante las épocas y los hechos, pero que, en absurdo raciocinio, es el mismo.

Ningún hombre es un ser de estructura psíquica inmutable en el tiempo. De lo contrario, los galos no hubieran dado paso a los francos, y a éstos, a su vez, no se les identificaría con los actuales franceses. Pero no ocurre tal. A ningún francés moderno, por muy patriota que

sea, se le ocurriría llamar "emperador de los franceses" a Carlomagno. Ni ningún italiano de hoy llamaría *italianos* a Julio César o a Marco Tulio Cicerón. Jamás han sido proclamados seriamente los nexos entre la *italianidad* y la *romanidad*, salvo con propósitos demagógicos, como en el caso del fascismo, el cual pretendió resucitar teatralmente las glorias de los Césares.

Estoy seguro que algún día se escribirá un libro medular que esclarezca definitivamente tan grave asunto. Será el *carmen nostrum necessarium*.

La peruanidad eviterna nos ha conducido por caminos errados y peligrosos.

Por ejemplo, ha nacido en nosotros una actitud xenófoba, más claramente, un furibundo *anti-hispanismo*, cuya contraparte es un no menos exacerbado filo-indigenismo. Filias y fobias repugnan a la verdadera ciencia.

Nuestro anti-hispanismo se funda en un odio hacia el invasor o, más claramente, hacia el conquistador y destructor de culturas supuestamente aborígenes. Aquí hay varios errores que es necesario destruir.

En primer lugar: no existe ningún autoctonismo cultural químicamente puro.

Sobre este particular diremos que lo incaico no fue autóctono. Antes de él hubo, como se sabe, otras culturas conquistadas y sometidas por lo que, en ese instante histórico, era un poder extranjero: el poder inca. A su vez, en este retroceder de nuestro examen histórico veríamos que con anterioridad a las culturas conquistadas por los Incas, existieron en la misma área geográfica, otras sociedades. Y, así, nuestro examen retroactivo iría descubriendo pueblos anteriores *ad infinitum*. Por tanto, si seguimos con razones semejantes a las que sustentan el rechazo de la cultura hispánica por *invasora*, habría que poner tacha no solo al incaico sino a todos los pueblos precedentes a él, pues su asentamiento y el proceso de sus respectivas culturas se originan, como es obvio, en invasiones que desalojaron, cuando no descimentaron definitivamente, a pueblos establecidos.

En ningún país donde a lo largo de un proceso histórico se ha fijado definitivamente una conciencia nacional, se menosprecia ni se mira con hostilidad a los invasores sucesivos que han constituído, al fin y al cabo, elementos formadores del ser nacional actual. Solo un chauvinismo peligroso pudiera hacernos renegar del hombre por cuya acción nació la presente conciencia nacional: en el Perú Francisco Pizarro. En México: Hernán Cortés. Es inútil decir que el anti-cortesismo es mayor que el anti-pizarrismo. Ambos fenómenos son signo de la inmadurez de nuestros pueblos.

Por tales caminos se ha llegado a un exacerbamiento del indigenismo del cual no se escapan historiadores, ni antropólogos, ni sociólogos, ni arqueólogos. Aun los poetas están contagiados de él.

La tarea medular de la nueva historiografía consistirá en saber en qué estriba "el existir como peruanos" y cuándo nuestro pueblo comenzó a denominarse a sí mismo "nosotros los peruanos".

Descubriremos, por esta vía, por ejemplo, entre otras cosas capitales, cómo la *incanidad* (conciencia colectiva de los habitantes del imperio fundado por Manco Cápac) va desde el legendario acto en el cerro de Huanacaure hasta la época en que los hombres de esa monarquía teocrática y autocrática, por acción de la conquista española, adjetivaron su *nosotros* en otra forma, fragmentándose esta conciencia colectiva en otras varias, de manera que ya no hubo en la sociedad india sobreviviente sentimiento alguno de *ipseidad* o *ecceidad* (empleando un término acuñado por Duns Scoto), es decir conciencia de ser continuación de lo que fue y anticipo de lo que se espera ser. Más claro: por el fenómeno de la conquista española, se dio paso a unas naciones, el Perú, México, etc., en las cuales los grupos sobrevivientes de poderosos imperios desaparecidos (incaico, azteca, etc.), no se sintieron extraños dentro de la nueva nación que emergía a la historia.

El indigenismo ha creado una escala de valores nacionales en cuyo primer peldaño se sitúa, como esencia de lo nacional, a los aborígenes. Les sigue en intensidad de color nacionalista el mestizo. Y, finalmente, el blanco, el cual, aunque nacido en tierra peruana, aparece casi como extranjero. Cuzco resulta la más peruana de las ciudades, mientras Lima se halla en la periferia de esta *sui generis* peruanidad. El mismo fenómeno lo advertimos en México. Para el caso del Perú, lo autóctono indígena selvático también aparece en la periferia. Los aborígenes situados en el primer peldaño son los de la sierra, no los de la selva.

La ruptura de la continuidad histórica total entre el habitante del 'incanato' y el 'indígena serrano actual', por obra de la acción española, es semejante, *mutatis mutandis*, a la que produjo, v. gr., la conquista árabe en Egipto. En efecto: el Egipto actual, si bien se lisonjea de la herencia preislámica, es decir faraónica, se cuida mucho de caer en chauvinismos insostenibles, creadores de una fantaseadora *continuidad histórica* entre ambos periodos. La *misriya* (egipcianidad actual) es parte de la *urubah* (arabidad) y nada tiene que hacer con la conciencia nacional que pudo tener Ramsés o Ptolomeo.

El indigenismo para fundamentar sus débiles posiciones acude a argumentos infantiles; v. gr., el español fue el conquistador: *Ergo*: fue el destructor. Con lo cual se crea la tesis irracional que llamo del último conquistador.

En efecto, decir que hay que repudiar la obra de los conquistadores españoles porque destruyeron el Imperio Incaico, valdría tanto como recusar a la cultura incaica porque ésta, para construir su impe-

rio, tuvo, a su vez, que hacer desaparecer, en mayor o menor grado, la cultura de los pueblos conquistados. Lo mismo vale para México.

No se prefigure, pues, al Perú ni a México como árboles (Tahuantisuyo, Imperio Azteca) dentro de los cuales se ha injertado algo extraño (lo hispánico). Este es un gravísimo error que distorsiona toda nuestra visión de la historia.

Confesamos que el señor Aniano Peña nos es completamente desconocido. No sabemos de ningún trabajo suyo anterior a este volumen, vinculado con el pensamiento y la obra de don Américo. Advertimos que ha trabajado en la Universidad de Pennsylvania (¿como profesor o como alumno?). Lo dice él mismo en el prólogo. El tomo que lleva el núm. 226 de la serie *Estudios y ensayos*, de la copiosísima Biblioteca Románica Hispánica que dirige don Dámaso Alonso, fue primitivamente tesis doctoral dirigida por el doctor Ciriaco Morón Arroyo, a quien el autor expresa su gratitud, lo mismo que a los profesores de esa Universidad Arnold G. Reichenberg y Samuel G. Armistead, autores estos últimos de algunos ensayos sobre don Américo (vid. SAMUEL G. ARMISTEAD y JOSEPH H. SILVERMAN, *Un aspecto desconocido de la obra de Américo Castro*, en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, 1971, págs. 181-190, y ARNOLD G. REICHENBERG, *Américo Castro's 'De la edad conflictiva'*, en *Hispanic Review*, XXXI, 1963, págs. 166-170, y del mismo: *Américo Castro: 'Dos ensayos'*, en *Hispanic Review*, XXVI (julio, 1958, págs. 234-236).

Aniano Peña califica su actitud crítica en la elaboración de este volumen como "tímida e insegura" (pág. 9). Yo también le haré un reparo: el mal gusto que tiene al escribir la dedicatoria del libro en inglés (*To Valerie and Alethea with love*). De mal gusto calificué, asimismo, el hecho de haber adoptado la nacionalidad norteamericana (estadounidense) quien precisamente había escrito un bello libro titulado *Los españoles: cómo llegaron a serlo*. Me decía un distinguido amigo y académico español que a don Américo Castro le hubiera sido fácil escribir, también, otro volumen con el rubro: *Los españoles: cómo no llegaron a serlo*. Naturalmente en ello había una fina sátira al sabio español.

A don Américo le hice ver, igualmente, mi disgusto por haber vendido su riquísima e impar biblioteca particular a una universidad norteamericana. Mejor hubiera sido seguir el patriótico ejemplo de Menéndez y Pelayo, de Menéndez Pidal y de otras figuras esclarecidas de las letras españolas.

Todo ello, y el haber malentendido don Américo mi entusiasmo frente a sus propias hipótesis, originaron dos o tres últimas cartas del sabio español. Fueron los tres flechazos envenenados que más daño me hicieron, sobre todo por haber sido lanzados por el hombre de cuyas ideas era yo el mayor apologista.

En general, el libro de Peña se nos presenta como una valiosa contribución; quizá la primera de una larga cadena de ensayos que brotarán como manantiales en el sitibundo paisaje castrista.

En cerca de veinticinco páginas, Peña sintetiza la biografía de don Américo, desde su nacimiento en Cantagalo (Brasil) hasta su llorado fallecimiento ocurrido el 25 de julio de 1972. Pasa como en caleidoscopio una vida riquísima: sus estudios en la Universidad de Granada; sus inicios, truncados, en los estudios árabes gracias a la inspiración de don Gaspar Remiro, su paso por la Sorbona, sus contactos con la Institución Libre de Enseñanza, su amistad con Giner de los Ríos, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Unamuno, etc.

Luego Peña nos adentra en el *Método de Américo Castro* (págs. 42-89). Es esta, no hay duda, la parte más importante del libro. Nos muestra el rigor científico de Castro. Su oposición a la pura erudición, en especial a la obra de Menéndez y Pelayo, que Castro critica cayendo en extremos injustos. Su visión sintética. Su esfuerzo constante y corrección (puede decirse que la obra de Castro no concluyó con su vida. Ella será una reiteración constante y un constante corregir). Las consideraciones castristas de la filología como europeización. Su laicismo. Su conciencia de cambio y, finalmente en este apartado, la persistencia de los presupuestos metódicos.

Luego, el capítulo III se consagra a Castro y a su visión histórica de España. En este paisaje hallamos hermosas flores: el estado de los estudios históricos en España, la motivación de su interés histórico, la necesidad de una historia auténtica, los presupuestos historiográficos. Por último, la aplicación práctica a la historia de España.

El capítulo IV tiene por título: *El pensamiento de Cervantes*. Se refiere, lógicamente, al libro así titulado del cual es autor don Américo. Se realiza el análisis de esta obra. Nos muestra el estado de los estudios cervantinos; el método, *Geistesgeschichte*, los presupuestos literarios, la posición crítica de Cervantes y la realidad, consecuencias literarias del error y de la armonía, conceptos de naturaleza, religión y moral en Cervantes, la segunda edición de *El pensamiento*; éste como ejemplo de metodología.

Cervantes y la realidad histórica de España es el título del capítulo V. Nos habla de aquellos temas tan gratos a don Américo: castas y casticismos, la edad conflictiva, honra y limpieza de sangre, el carácter conflictivo de la literatura, Cervantes y los casticismos españoles (Cervantes en la edad conflictiva, Cervantes y una literatura minoritaria, motivación del *Quijote*, apéndice biográfico de Cervantes). Tal es el esquema de este libro, digno homenaje a la memoria de quien es, sin disputa, el mayor historiósófo que ha producido España.

Hoy, al escribir estas líneas, recuerdo con profunda emoción que en el número primero de *Thesaurus* aparece el nombre luminoso de tan egregio español, tan difícil de poder amar como fácil de ser amado.

RAFAEL GUEVARA BAZÁN.

Instituto de Estudios Islámicos
Lima, Perú.

LA PALATALIZACIÓN ESPAÑOLA Y SUS IMPLICACIONES SICOLINGÜÍSTICAS *

1. INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo nos proponemos presentar un extracto orgánico de los principios teóricos de un estudio llevado a cabo durante dos años y que está contenido en una tesis titulada *Los sonidos palatales en español: un enfoque sicolingüístico* y en dos artículos: *Del cambio lingüístico y la adquisición del lenguaje* y *El período palatal como proceso sicolingüístico de habla infantil española*.

Nuestra intención no ha sido elaborar una rigurosa especificación fonético-articulatoria de las palatales españolas, sino más bien la de formular una serie de postulados teóricos a partir de datos observables que puedan constituirse en una hipótesis comprobable, cuyas bases pueden hallarse dentro del marco sicolingüístico de la teoría generativa-transformacional. De tal suerte que el carácter, poco concluyente, de estas ideas corre parejas con los estudios al estilo *corrente calamo* de la lingüística contemporánea.

Nos referiremos aquí a la palatalización sincrónica y no a la diacrónica. En tal sentido, nos limitaremos a presentar solo una muestra del fenómeno tal como aparece dentro de los mecanismos de la adquisición fonológica del niño hispano-hablante, haciendo luego una rápida alusión a sus efectos inflectivos en el habla del adulto.

2. LA PALATALIZACIÓN COMO PROCESO FONOLÓGICO

2.1. CONCEPTO:

Desde un punto de vista acústico-articulatorio, la palatalización comprende un proceso mediante el cual un sonido adquiere todas o al-

* Comunicación presentada en el Quinto Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL), Caracas, 9-13 de enero de 1978.